

Estudios de arqueología dedicados a la profesora

Ana María Muñoz Amilibia

UNIVERSIDAD DE MURCIA

Estudios de arqueología dedicados a la profesora Ana María Muñoz Amilibia / S. F. Ramallo Asensio (editor científico).- Murcia : Universidad de Murcia, Servicio de Publicaciones, 2003 375 p.-

ISBN 84-8371-403-5

1. Muñoz Amilibia. Ana María – Homenajes. 2. Arqueología – Colecciones de escritos. I. Muñoz Amilibia, Ana María . II. Ramallo Asensio, Sebastián F. III. Universidad de Murcia. Servicio de Publicaciones. IV. Título.

929 Muñoz Amilibia, A.M. 902 (082.2)

1ª Edición, 2003

Reservados todos los derechos. De acuerdo con la legislación vigente, y bajo las sanciones en ella previstas, queda totalmente prohibida la reproducción y/o transmisión parcial o total de este libro, por procedimientos mecánicos o electrónicos, incluyendo fotocopia, grabación magnética, óptica o cualesquiera otros procedimientos que la técnica permita o pueda permitir en el futuro, sin la expresa autorización por escrito de los propietarios del copyright.

© Universidad de Murcia, Servicio de Publicaciones, 2003

ISBN 84-8371-403-5

Depósito Legal: MU-1577-2003

Impreso en España - Printed in Spain

Imprime: F.G. GRAF S.L.

EL COMERCIO FENICIO EN HOMERO

María Eugenia Aubet Universitat Pompeu i Fabra

INTRODUCCIÓN

Últimamente se han expresado algunas opiniones contrarias a considerar la expansión fenicia al Mediterráneo como un fenómeno exclusivamente comercial. Frente al paradigma dominante de colonización mercantil, juzgado como excesivamente reduccionista, se tiende a destacar la agricultura como actividad principal y más noble de los colonos fenicios llegados a occidente. Probablemente ambas posturas extremas responden a un mismo reduccionismo explicativo, al considerar un único factor económico como motor causal de un fenómeno colonial que, a medida que avanza la investigación arqueológica, se presenta cada vez más complejo.

Dentro de esta disparidad de opiniones, sin embargo, siempre nos ha intrigado la aversión que muestran algunos historiadores de la antigüedad, dentro y fuera de nuestro país, hacia el comercio en general, que en el caso de los fenicios puede parecer paradójico, por cuanto toda la evidencia historiográfica –fuentes clásicas, orientales y bíblicas— señalan a los fenicios como los comerciantes por excelencia. Ésta es la causa principal de que hayamos querido indagar en los orígenes de esta proyección «clásica» de la colonización fenicia, en tanto que pretende equiparar el mundo fenicio al ideal griego de colonización agraria o *apoikiai*. Y nada mejor que los poemas homéricos para rastrear los orígenes de esta imagen hostil hacia todo lo que se refiere al comercio en general, una imagen que remonta nada menos que a la épica heroica griega de los siglos VIII y VII a.C. Una incursión en el mundo fascinante de los poemas homéricos puede servir de estímulo para entender mejor una época en la que, según se asegura, se asentaron las raíces del pensamiento «europeo».

Con ello queremos contribuir modestamente a este volumen de homenaje que le dedica el Área de Arqueología de la Universidad de Murcia a la Dra. Ana María Muñoz, querida maestra y amiga, de cuya experiencia y conocimientos nos hemos beneficiado sus discípulos durante tantos años.

1. LA CUESTIÓN HOMÉRICA

En realidad Homero no sabía nada de los fenicios y lo que reflejan sus poemas es una serie de tópicos, en los que los fenicios no salen demasiado bien parados. Tales tópicos expresan, sin embargo, la ideología de una época y de una sociedad –la griega–, cuya profunda crisis en el siglo VIII coincide con la fundación de la mayoría de las colonias fenicias en el Mediterráneo occidental.

Desde siempre, el debate sobre la cuestión homérica ha girado alrededor de las circunstancias que concurrieron en la formación y composición final de los poemas. Dicho debate ha alcanzado en la actualidad unas cotas muy rigurosas de discusión entre filólogos, historiadores y arqueólogos. Pero la cuestión homérica no estriba solamente en determinar si existió o no una guerra de Troya, puesto que desde el siglo XVIII la polémica se ha centrado sobre todo en cuestiones tales como si hubo uno o varios autores en Homero, qué valor otorgar a los poemas como fuente histórica, qué estadio histórico se refleja en ellos, el tipo de instituciones y sociedad que describen o si todo ello es producto de la fantasía e imaginación de unos poetas del siglo VIII.

La mayoría de expertos coincide en que los poemas homéricos pertenecen a la épica heroica, es decir, a un subgrupo de la literatura oral, resultado de una larga tradición oral que describe acontecimientos ocurridos en el siglo XIII a.C. En el marco de dicha tradición, uno o varios poetas – «Homero» – recogieron un conjunto de relatos, cuentos y leyendas transmitidas por varias generaciones de bardos, probablemente de origen jonio, alcanzando su actual forma escrita a lo largo del siglo VIII (Morris 1986a, 81-82; Sherrat 1990, 807; Vidal-Naquet 2000, 19).

Se sabe, asimismo, que el poema más antiguo es la *Ilíada*, definido como el poema de la guerra y fechado según criterios filológicos hacia los años 750–725 a.C. Se trata de un largo relato sobre los acontecimientos que preceden en unas pocas semanas a la caída de Troya durante el décimo año de la guerra, relato que concluye no con la toma de la ciudad, sino con la muerte de Héctor, el más valiente de los héroes troyanos. La *Odisea*, o poema de la paz, cuya composición se sitúa a finales del siglo VIII o principios del VII a.C., relata los diez años que siguen a la victoria aquea y las aventuras del héroe Ulises antes de regresar a su hogar, en Itaca. Pudieron existir, así, dos Homeros –probablemente un nombre colectivo–, separados entre sí por varios decenios (Finley 1968, 32,38; Morris 1986a, 93). En cualquier caso, la evidencia arqueológica demuestra que algunos colonos griegos de Pithecusa ya conocían los versos de Homero hacia el año 730 a.C., puesto que algunos grafitos y escenas de naufragio representados en vasos de estilo geométrico procedentes de la necrópolis de San Montano aluden a pasajes de la *Ilíada*, (Coldstream 1977, 342; Ridgway 1997, 77; Monti 1999, 119; Vidal-Naguet 2000, 20).

Los poemas: fantasía o realidad?

La pregunta de si existió o no la guerra de Troya ha preocupado a los historiadores de todas las épocas. Ya en el siglo V a.C., las Historias de Heródoto demuestran que existió en Grecia un debate acerca de la veracidad histórica de la guerra de Troya y acerca de las dinastías aristocráticas de época micénica, cuyas sagas familiares y luchas dinásticas –los Pelópidas, los Atridas, la guerra de Tebas, etc– aparecen también reflejadas en otros historiadores como Tucídides, en las tragedias de Eurípides, en obras perdidas de Sófocles y en los poemas del latino Ovidio, cuyas obras se inspiran en epopeyas perdidas anteriores a Homero (Finley 1968, 32-33; Vermeule 1987, 125-130; Burkert 1995, 141; Vidal-Naquet 2000, 151-152). En el siglo V se aseguraba que la guerra de Troya había ocurrido 400 años antes de Homero (Heródoto II 53 y 145), es decir, hacia el año 1250 a.C.

A pesar de que todavía hoy sorprende la exactitud con que Homero describe el paisaje de Hissarlik –que sugiere que tuvo que haber visitado la región de la Tróade y la misma Ilion, en el noroeste de Asia Menor–, la historicidad de la guerra de Troya ha ido cuestionándose con el tiempo, a medida que se advertían graves incoherencias en los poemas, se detectaban episodios poco creíbles –como la historia de Helena– y no había pruebas de que se hubiera producido una guerra en Troya en tiempos remotos.

Esta cuestión dio un giro inesperado a raíz de los descubrimientos de Heinrich Schliemann en la colina de Hissarlik. A partir de las excavaciones del erudito alemán en 1870-1890, que permitieron identificar la antigua Troya en Hissarlik, y de su descubrimiento de Micenas en 1876, creció de nuevo el convencimiento de que detrás de los poemas homéricos existió un trasfondo histórico que correspondía al mundo micénico del Bronce final. Posteriormente, las excavaciones de 1893-1894 realizadas por W. Dörpfeld, colega y sucesor de Schliemann, no hicieron más que reafirmar una evidencia que culminaría en 1932-1938 con las excavaciones americanas de Carl Blegen, mucho más rigurosas y objetivas, y con las más recientes de Manfred Korfmann, iniciadas en 1981 al pie de la ciudadela (Korfmann 2001).

Las cronologías de Troya

La secuencia estratigráfica establecida por Blegen en los años treinta constituye la base de referencia más importante publicada hasta ahora sobre la antigua Troya (Blegen 1963). Basándose en la evolución de la cerámica y, en particular, en la cronología de las importaciones micénicas, Blegen llegó a la conclusión de que la Troya homérica había sido la ciudad del estrato VIIa (ca.1275-1240 a.C.), destruida por una violenta conflagración y en cuyas ruinas se advertían los preparativos de un largo asedio: pithoi almacenados en las casas, gran cantidad de puntas de flecha y la presencia de cuerpos humanos caídos y no enterrados cerca de las murallas (Blegen 1975). A diferencia de la ciudad del estrato VI (ca. 1800-1300 a.C.) –el período de mayor prosperidad y poderío de la ciudad, destruida por un terremoto (Blegen 1973)–, en la Troya VIIa se advertía un claro declive en la arquitectura y en las importaciones micénicas –la cerámica micénica IIIB–, lo que fue considerado como un claro indicio de las malas relaciones económicas existentes en esa época entre el mundo egeo y la Tróade. Tras un hiatus, a la Troya VIIa le habría sucedido la Troya VIIb (1140-1100 a.C.), asociada a la Ilegada de importaciones de cerámica micénica IIIC, culminando la secuencia con la ciudad del estrato VIII (ca. 700 a.C.), una colonia griega fundada en época de Homero con el nombre de *Ilion*.

Con el tiempo se han empezado a observar algunas incoherencias y errores en la estratigrafía de Blegen. Así, la Troya VIIa había sido una ciudad demasiado modesta para poder asociarla a la poderosa ciudad de Príamo (Finley 1968, 38). Por el contrario, la Troya VI resulta ser una ciudad más monumental si cabe que las ciudadelas de Tirinto y Micenas, lo que implica que sus murallas estaban preparadas para prevenir un largo y prolongado asedio, como el que describe Homero (Korfmann 1986a, 1). Por último, la gran cantidad de cerámica micénica identificada en el estrato VI indicaría que el mundo egeo-micénico conocía muy bien el lugar, por lo menos a través de contactos comerciales, debidos probablemente al enorme potencial estratégico y geo-político de Troya en los circuitos de intercambio del Bronce final (Korfmann 1986a, 14-16).

Más decisiva ha resultado la revisión llevada a cabo estos últimos años de los materiales y cerámicas procedentes de las excavaciones de Blegen, que ha obligado a rebajar radicalmente la cronología de los distintos estratos de la ciudad. Así, por ejemplo, la identificación de cerámicas micénicas de estilo IIIC inicial en el estrato VIIa situaría ahora la destrucción de este horizonte hacia

el 1140/1130 a.C. y no a mediados del siglo XIII. Por otra parte, la Troya VIIb aparece ahora asociada a cerámica micénica IIIC de época tardía, en su totalidad de producción local, lo que sitúa este horizonte en 1130-1100 a.C., demostrándose con ello que no existió ninguna ruptura estratigráfica entre Troya VIIa y VIIb (Bloedow 1988, 30-34). Además, la presencia de cerámicas geométricas en los momentos finales del estrato VIIb (estrato VIIb2) insinúa la posibilidad de que existiera cierta continuidad entre el estrato VIIb y el inicio de la colonia griega del estrato VIII (ca. 950 a.C.) (Korfmann 1986a, 14).

La revisión de los hallazgos de Blegen y las nuevas excavaciones en el yacimiento sugieren, en definitiva, que la Troya VIIa no pudo ser la ciudad de Príamo. En efecto, se trata de una ciudad extremadamente modesta, que apenas se extendió fuera de las murallas de la ciudadela y, lo que es más importante, su destrucción hacia el 1140 la hace incompatible con la ciudad de Príamo, puesto que en esa época ya no existían palacios ni monarcas micénicos en el Egeo. De nuevo, la candidata a ser la ciudad homérica es Troya VI, una próspera y extensa ciudad fortificada, que fue destruida por un violento terremoto en su fase final VIh, a mediados del siglo XIII a.C. (Korfmann 1986b, 25; Bloedow 1988, 35-37; Burkert 1995, 139; Hood 1995, 25). ¿Cómo encajar aquí a los aqueos?

El contexto anatólico

Si se analiza la cuestión de Troya desde la perspectiva anatólica, el cuadro resulta mucho más coherente. Para empezar, el rol desempeñado por Troya en la epopeya homérica no se entiende sin considerar su posición estratégica en el extremo nord-occidental de Asia Menor. Efectivamente, la colina de Hissarlik domina el Hellesponto, es decir, el estrecho de los Dardanelos, situado a 7 km escasos de la ciudad. Cualquier barco que quisiera atravesar los Dardanelos en dirección al Mar de Mármara y al Mar Negro -el Ponto-, tenía que fondear en la bahía situada a 8 km al suroeste de Hissarlik- Troya -la moderna bahía de Besik- y esperar vientos favorables del sur para superar el estrecho. Se trata de una zona de fuertes vientos –la «ventosa Ilion» en palabras de Homero–, por lo que esta bahía, ahora identificada como el puerto de la antigua Troya, adquiría una importancia considerable en las rutas de navegación. En la antigüedad, el mar penetraba mucho más al interior, lo que convertía la colina de Hissarlik en una península rodeada de agua (Korfmann 1986a, 3-7). En consecuencia, Troya ocupó un lugar privilegiado, dominando el estrecho entre Europa y Asia, y en sus orígenes debió de ser una típica fortaleza de piratas dominando un paso estratégico. Dado los limitados recursos en la zona, la elección y prosperidad del sitio debieron obedecer a razones estrictamente estratégicas y comerciales, y muy especialmente al control del acceso al Mar Negro (Korfmann 1986a, 13-14).

Las excavaciones recientes en el lugar han confirmado la envergadura y la monumentalidad de la ciudad del estrato VI, formada por la ciudadela fortificada y por una extensa ciudad baja fortificada, en cuyas proximidades, al sur de Troya, se ha localizado una extensa necrópolis con abundantes importaciones micénicas e incineraciones de la época del estrato VIh (Korfmann 1986b; 2001).

Por otra parte, la presencia de cerámicas micénicas de tipo IIIB en el palacio del régulo local de Masat Hüyük, en la costa norte de Asia Menor, que dominó una cuenca minera muy rica en cobre, podría ayudar a entender mejor las causas del conflicto entre aqueos y troyanos a mediados del siglo XIII a.C. Efectivamente, los textos en Lineal B de Pylos sugieren una gran escasez de cobre en Grecia en esa época, cuyos monarcas ya no podían obtener dicho metal en Chipre, lo que les habría obligado a buscar fuentes alternativas para abastecerse de esta materia prima básica. En Masat Hüyük se encuentra una de las principales zonas cupríferas de la región del Ponto, donde se abastecía la misma Troya. El conflicto, pues, era inevitable, toda vez que el acceso al cobre del Mar Negro pasaba

por superar el férreo control que ejercía Troya sobre el corredor de los Dardanelos (Bloedow 1988, 23,40-48).

Una ciudad de la importancia política y económica de Troya no pudo pasar desapercibida al Imperio hitita, que forzosamente tuvo que tener conocimiento de la existencia de su poderoso vecino occidental, el mundo micénico. Los textos hititas de Bogazkoy mencionan repetidas veces el poderoso reino de Ahhiya o Ahhiyawa, en el oeste de Anatolia, con el que el Imperio hitita mantuvo pésimas relaciones políticas desde el siglo XV (Gurney 1990, 38-47; Bryce 1998, 59-61). Para una gran mayoría de autores, Ahhiyawa es la forma hitita del nombre griego Achaiwia, una forma arcaica de Achaia, es decir, el país de los achaioi -los aqueos de Homero-, que sería el equivalente de la Grecia micénica. Sus reyes, famosos por su dominio en el mar, detentan el mismo rango que los monarcas de Hatti, Egipto, Asiria y Babilonia, es decir, el de «gran rey». El máximo apogeo del reino de Ahhiyawa se sitúa en los siglos XIV-XIII, como Micenas. Además, desde finales del siglo XIV se advierte una fuerte impronta egea en Mileto, probablemente una colonia micénica, que ha sido identificada con la Millawanda o Milawata de los textos hititas, que la describen como ciudad vasalla y aliada del rey de Ahhiyawa (Güterbock 1983, 133-135; Niemeier 1998, 27-38; Bryce 1998, 60). En el marco de los continuos conflictos que enfrentaron a Ahhiyawa con el Imperio hitita, este reino «occidental» se dedicó a apoyar a disidentes de Hatti, lo que establece un contexto favorable para un conflicto aqueo con la ciudad de Troya.

Al parecer también se menciona a Troya en los textos hititas. Entre las tablillas escritas halladas en Hattusa figura un tratado de vasallaje entre el gran rey hitita Muwatalli II y Alaksandus, rey de Wilusa, un reino situado en el noroeste de Asia Menor, es decir, en la Tróade. Dicho tratado ha sido fechado en el 1280 a.C. (Güterbock 1986, 33). Alaksandus no es nombre hitita, sino griego (Alexandros-Paris?). En cuanto al topónimo Wilusa o Wilusiya, al desaparecer la inicial w– arcaica, éste pudo transformarse en los topónimos Iluwa>Ilioa>Ilioa>Ilion (Güterbock 1986, 35). Otro topónimo hitita que suele localizarse en la misma zona es el de Taruisa, que habría derivado hacia Truisa>Truiya>Troya. En cualquier caso, los textos hititas señalan que el reino de Wilusa, con su capital en Taruisa, estuvo situado en la Tróade, muy cerca de la isla de Lazpa (Lesbos), y que a lo largo del siglo XIII sufrió varios ataques de los ahhiyawa por el control del Hellesponto (Güterbock 1986, 36-40; Bryce 1998, 395-397).

De la evidencia arqueológica y epigráfica se infiere que la guerra de Troya, si es que existió, tuvo que situarse en el marco de las tensiones que se produjeron en el oeste de Asia Menor entre hititas y micénicos a finales del Bronce final. El tema central de la epopeya homérica tiene, pues, visos de realidad histórica, a pesar de que no haya pruebas concluyentes de que se produjo una conquista micénica de la ciudad de Troya.

La «estratigrafía» de los poemas

A partir de los descubrimientos de Schliemann en 1870 el contenido de los poemas homéricos deja de considerase una inmensa fábula y empieza a admitirse que Homero pudo describir acontecimientos ocurridos en época micénica. Pero desde época micénica hasta los tiempos de Homero habían transcurrido más de 500 años, lo que significa que los poemas, como todo producto de una larga tradición oral, tenían que contener anacronismos e interpolaciones recientes. Es precisamente en torno a esta cuestión donde existe mayor desacuerdo entre los especialistas, en el marco de un debate que discute desde hace tiempo la existencia o no de una superposición en los poemas de elementos de distintas épocas. Para el historiador, la clave está en identificar el período cronológico al que corresponden los datos que describe Homero, y la arqueología y otros textos tienen que actuar como correctivos, por lo que ya «no cabe leer con inocencia los poemas» (Winter 1995, 247).

La evidencia lingüística y arqueológica demuestra que los poemas quedaron fijados en la forma en que nos han llegado durante el siglo VIII y que contienen ecos de un pasado remoto transmitidos oralmente. Se trata, en consecuencia, de verificar si existió o no una superposición de distintos momentos cronológicos o fases creativas. Una estrategia de análisis que cabe definir como el estudio de la «arqueología» o la «estratigrafía» de Homero (Sherratt 1990, 807).

El debate sobre las circunstancias que rodearon la formación y composición final de los poemas se inicia con la influyente obra de Finley en los años 50. Basándose en un minucioso análisis de la sociedad reflejada en Homero, el célebre historiador británico –por cierto, uno de los que no creen en la guerra de Troya–, argumentó de forma convincente en su famosa monografía de 1954 sobre el mundo de Odiseo, que la *Ilíada* y la *Odisea* habrían reflejado la sociedad griega de la «edad oscura», esto es, la de los siglos X-IX a.C. (Finley 1967). Para Finley, los griegos jamás habrían oído hablar de Micenas y los hechos que narra Homero serían propios de toda poesía heroica, obra de bardos profesionales e iletrados que habrían oído hablar de viejas leyendas con algún trasfondo histórico (Finley 1968, 43). Homero conocía bien el mundo que describe en sus poemas, en particular el de los valores e ideales aristocráticos de la edad heroica, pero habría retratado un mundo irreal, distorsionado y sin base histórica.

Finley compara los poemas homéricos con la Chanson de Roland, obra del siglo XII que describe una batalla del año 778, en la que aparecen numerosos errores históricos, muy pocos elementos del siglo VIII y sí abundantes aspectos sociales propios de la época de las Cruzadas. La Chanson de Roland constituiría, pues, un poema heroico cuyo contenido no corresponde al de la época que describe. Nadie se serviría de este poema para escribir la historia de Francia: ¿por qué hacerlo, entonces, con Homero? (Finley 1967, 54). y más recientemente, en el siglo XX todavía se cantaba la batalla de Kosovo del año 1389, en la que se narra la victoria de los turcos sobre los serbios. Al igual que en la Canción de Roland o en los Nibelungos, casi todos los personajes son inventados y el poema se equivoca en casi todo.

Finley considera que, pese a contener algunos elementos de época micénica –Homero alude a grandes palacios, desconocidos en el siglo VIII–, el mundo de Odiseo tampoco corresponde al de los siglos VIII-VII a.C., puesto que no se describen los típicos elementos de la época, como las armas de hierro, los juegos olímpicos, la caballería en escenas de batalla, la superpoblación, las colonias griegas, ni hay dorios, ni tampoco comunidades sin reyes (Finley 1967, 55) y lo que resulta más revelador: la *Odisea*, el poema más tardío, desconoce la institución de la *polis* como forma de organización política, que nace precisamente en época de Homero (1967, 39). Un ambiente que parece encajar, en cambio, con el de los siglos X-IX a.C., cuando la historia de Micenas ya se había olvidado entre los griegos y en Grecia perduraba todavía la institución monárquica, es decir, el *basileus*. En suma, el mundo homérico sería post– micénico y propio de la «edad oscura».

La influencia de la obra de Finley ha sido considerable hasta nuestros días. Una prueba de ello es que todavía en la actualidad algunos autores, como Hood, consideran que el núcleo principal de la epopeya homérica –la guerra de Troya– encaja mejor en la época del Micénico IIIC, es decir, en el horizonte de la Troya VIIb2, destruida en el 1050 a.C., a principios de la «edad oscura» (Hood 1995, 25-30). Efectivamente, el período IIIC corresponde a la época que sigue a la destrucción de los palacios micénicos y del Imperio hitita, una época sin palacios y sin apenas instituciones políticas. También Vidal-Naquet juzga la obra de Homero como un mundo meramente poético que sólo habla de hombres y de dioses (2000, 129).

Además de Finley y su escuela, otros autores expertos en Homero han intervenido en el debate, introduciendo interesantes novedades en la discusión. Uno de ellos es Snodgrass, representante, al

igual que Finley, de una importante corriente de pensamiento dentro de la historia y arqueología británicas, que ha centrado su interés en la sociedad descrita en Homero. Snodgrass niega la historicidad del mundo homérico, defiende una mezcla de elementos de dos épocas en los poemas –la micénica y el siglo VIII, con un vacío entre las dos– y considera que los poemas son un relato artificial e inconsistente, con elementos –costumbres matrimoniales, dote y ajuar de la novia– que no corresponden a ninguna sociedad en concreto (Snodgrass 1974).

Uno de los estudios más rigurosos que se han hecho en este sentido es el de Morris, quien defiende que los poemas homéricos forman un todo integrado creado en el siglo VIII (Morris 1986a). Aunque este autor reconoce la existencia de elementos muy antiguos –armas de bronce, uso del carro de guerra, el yelmo de dientes de jabalí-, considera que éstos son arcaísmos deliberados introducidos por Homero para crear entre su audiencia una sensación de distancia y de autenticidad. Basándose en analogías etnográficas y en la relación entre poesía oral y sociedad, este autor defiende que el contenido de los poemas vino determinado por la audiencia (Morris 1986a, 82-83). Resulta clave, en consecuencia, describir el contexto social que produjo esta poesía oral y sus baladas heroicas, el del siglo VIII, en el que, en contra de la opinión de Finley, todavía perduraría la monarquía en algunas ciudades y en el que la polis apenas se habría consolidado. Morris advierte, además, que la escritura reaparece en Grecia en época de Homero, y que es imposible que una transmisión oral de instituciones y hechos desaparecidos perdurara más allá de 200 años. Por el contrario, dicha tradición oral reflejaría la sociedad presente, pues el bardo debe adaptarse a las exigencias de una audiencia que sólo pide entretenimiento y algo de veracidad en sus historias. En definitiva, un caso comparable al de la Canción de Roland, creada para una audiencia del siglo XII pero que describe episodios ocurridos 400 años antes (Morris 1986a, 89–98).

En oposición a las posturas de Finley, Snodgrass y Morris, cuyo énfasis principal se centra en el análisis de los poemas desde los postulados de la Antropología social, se encuentra otra corriente de pensamiento, cuya argumentación se apoya en una lectura básicamente arqueológica de los poemas y en hallazgos arqueológicos recientes en el Egeo. En esta linea destaca Emily Vermeule, que ha logrado identificar rasgos muy antiguos y genuinos en la épica homérica: algunas fórmulas lingüísticas, que remontarían al siglo XV a.C., diversos episodios concretos –la muerte de Héctor y Patroclo-, que los bardos ya habrían cantado en el siglo XV a.C., o nombres de ciudades micénicas que ya habían desaparecido en tiempos de Homero (Vermeule 1960; 1986, 85-86; 1987, 140). Homero se habría limitado a reunir una saga de conflictos entre griegos y anatólicos, a la que cada generación habría añadido nuevos episodios y héroes. En la corte de los palacios micénicos del siglo XIII, algunos bardos como el célebre Demodoco (Od. VIII. 483-491) ya habrían cantado estos poemas, por lo que hubo varios «Homeros» antes del siglo VIII. La impresión general es que los poetas conocieron un conjunto de relatos y leyendas que habrían formado la base de un cuerpo de poesía de la edad del Bronce, que en parte quedó integrado en la épica griega, en parte en la tradición oral o en la tragedia de época clásica y en parte en el arte, como es el caso de las leyendas sobre las grandes familias del norte del Peloponeso –los Pelópidas y los Siete contra Tebas, del siglo XIV- o el famoso catálogo de las naves del canto II de la Iliada, unos hechos que difícilmente pudieron ser invenciones de la época arcaica y clásica.

Desde esta perspectiva, Vermeule destaca dos ejemplos que no dejan lugar a dudas en cuanto a su antigüedad:

a) Algunos versos de la *llíada* describen objetos y armas que sólo ahora empezamos a conocer a través de los textos del Lineal B y a través de hallazgos arqueológicos y representaciones figuradas. Así, por ejemplo, el extraño díptico o tablilla doble con signos grabados de Belerofonte (n. 11.169), un instrumento de escritura que no pudo conocer Homero y que sólo ahora se ha

- identificado gracias al hallazgo del díptico de Ulu Burun, fechado a finales del siglo XIV a.C. (Vermeule 1987, 137-138).
- b) En la *Ilíada*, la famosa escena entre Héctor y su hijo (n. VI. 466-470) describe al héroe troyano con un yelmo de bronce con penacho de crines de caballo, un tipo de casco que sólo se documenta en imágenes del siglo XV y que Homero tampoco pudo haber visto, ya que pasó de moda hacia el 1400 a.C. (Vermeule 1987, 146). En efecto, este tipo de casco, semejante al yelmo de dientes de jabalí, sólo se conoce a través de representaciones como la que aparece en un fragmento de cuenco de Hattusa fechado en el 1400, en el que aparece inciso un guerrero no-hitita provisto de un casco de tipo egeo (Niemeier 1998, 42, fig.13). La descripción de la armadura de Héctor no pudo ser una creación posterior a la edad del Bronce.

En la misma linea que Vermeule, y partiendo de un profundo conocimiento de la metalurgia del Bronce final y del Hierro en el Egeo, Susan Sherratt ha analizado a fondo en un reciente trabajo la «estratigrafía» de los poemas (Sherratt 1990). Sirviéndose de tres pasajes de la *Ilíada*, señala la existencia de importantes discrepancias en un mismo episodio, lo que indicaría una superposición de varias capas cronológicas dentro de un mismo pasaje.

Así, por ejemplo, en relación al premio ofrecido por Aquiles en los juegos que acompañan a los funerales de Patroclo, figura un bloque de hierro en bruto, considerado una posesión preciosa por su valor intrínseco y propia de un héroe (*II.* XXIII. 826), lo que sería apropiado en un contexto de los siglos XV-XIV a.C. Un poco más adelante se describen las ventajas utilitarias de ese mismo hierro para fabricar herramientas agrícolas (*II.* XXIII. 835), propias de campesinos y ganaderos, lo que refleja un cambio de contexto tecnológico y social, más coherente con el de los siglos XII-XI a.C. (Sherratt 1990, 811).

En el largo pasaje dedicado a la batalla entre Aquiles y los troyanos (*II.* XIX-XX) se describe minuciosamente el armamento de Aquiles, en el que de nuevo se superponen cronologías distintas. Al principio Aquiles se arma antes de la batalla con coraza de bronce, espada, yelmo con penacho y escudo, y se describe la pesada lanza de fresno heredada de su padre (*II.* XIX.385-390). Tanto el combate cuerpo a cuerpo como las grandes lanzas y las primeras corazas de bronce reflejan un ambiente propio de los siglos XVI-XIV a.C., en tanto que, más adelante, se describe a Aquiles luchando con dos lanzas más pequeñas, lo que responde a un táctica de guerra más propia de los siglos XII-IX a.C. (Sherratt 1990, 811). Lo mismo ocurre con el escudo de Ayax, que en un principio se describe grande como una torre y cubriendo todo el cuerpo (*II.* VII. 219) –típico escudo de finales del siglo XV y principios del XIV a.C.–, y más adelante ya es un escudo más pequeño, circular y con umbo, característico de mediados del siglo IX (Sherratt 1990, 812).

Sherratt deduce de todo ello que en los poemas homéricos hay una mezcla de vestigios de varias generaciones heroicas. Esta tradición heroica se habría iniciado en el período de las Tumbas de Pozo de Micenas (siglo XVI-inicios XIV a.C.), cuando emerge la épica en el Peloponeso en época de los Atridas, en el marco de una sociedad heroica en plena expansión. Un segundo período de creación épica lo habría constituido la época post-micénica de los siglos XII-IX, en la que se habrían introducido elementos como el hierro utilitario, la cremación, los yelmos astados, las lanzas dobles, el escudo con umbo y el comercio oportunista, es decir, la actividad marítima fenicia. Por último, en época de Homero, en la segunda mitad del siglo VIII, se habría desarrollado la última generación activa de la épica heroica, cuando se introducen en esta tradición oral las historias coloniales que aparecen en la *Odisea* (cf. *Od.*VI.7-10) y las incipientes tácticas hoplitas que describe la *Ilíada* (Sherratt 1990, 817-820).

2. EL IDEAL Y LOS VALORES HOMÉRICOS

En el siglo VIII, los griegos empiezan a ser conscientes de la existencia de una edad heroica, lo que se manifiesta desde el 800 a.C. a través de un creciente culto a los héroes, la aparición de ofrendas en tumbas micénicas, la construcción de santuarios dedicados a los héroes y la aparición de tumbas heroicas con carro, que adoptan el rito de la cremación al estilo del de Patroclo (Coldstream, 1977, 346-349). Todo ello se expresa exclusivamente en sectores privilegiados de la sociedad, porque la épica homérica es esencialmente aristocrática, en cuanto que transmite los valores y símbolos aristocráticos propios del arcaísmo griego. Resulta revelador que los poemas homéricos se formalizaran por escrito precisamente ahora, en el siglo VIII, que es el siglo de la gran crisis de la aristocracia.

La exaltación de la aristocracia

Se considera que Homero y Hesíodo fueron portavoces de la aristocracia de los siglos VIII-VII a.C. En este sentido, los poemas homéricos representan un conjunto ideal de valores que tienen como objeto fortalecer el ideal aristocrático a través de la exaltación del *basileus* y de su autoridad. En efecto, los poemas reúnen toda una serie de tradiciones épicas que definen esa sociedad ideal, en cuanto que exaltan la ideología y el estilo de vida de un solo sector de la sociedad, el de los *aristoi* (cf. Mele 1979, 10; Rowlands 1980, 21-22; Cartledge 1983, 10; Morris 1986a, 126-129; Sherratt 1990, 815). En boca de Ulises, Homero ensalza y legitima la institución del *basileus*, porque, según él, éste es intachable, rige una multitud de esforzados vasallos, distribuye justicia y comida, gobierna con rectitud y garantiza la prosperidad de su gente a partir de la tierra y del ganado (*Od.* XIX. 109-114).

¿Por qué «Homero» acometió la inmensa tarea de poner por escrito esos 26.000 versos en una época determinada y no más tarde y por qué no eligió otros poemas épicos? Las respuestas son varias. En primer lugar, el siglo VIII constituye un período de tensiones e importantes cambios sociales y políticos, que culminan con la aparición de la *polis* y de la idea del estado ciudadano, con la consiguiente desintegración de los valores tradicionales y la aparición de grupos competitivos de elites emergentes que necesitan redefinir su imagen y recuperar los viejos símbolos aristocráticos (cf. Sherratt 1990, 821).

En segundo lugar, a través de los poemas, la aristocracia del siglo VIII pretende asomarse al pasado para legitimar su actual estructura de dominio y a su vez se sirve del pasado para reforzar al nuevo *basileus*, que representa la continuación de una larga tradición heroica. Una de las fórmulas consiste en exagerar el rol de los *aristoi* y establecer genealogías –la de Agamenón remonta a Pelopsque le vinculen a ese pasado heroico, remontando hasta las ilustres genealogías de los héroes, que están sancionadas por los dioses. Porque la genealogía da derecho al status y sólo el status aristocrático da acceso al poder y da derecho a un sistema clientelar y a los beneficios que se derivan de él (Rowlands 1980, 25; Morris 1986a, 126-129).

En este sentido, la poesía heroica se transforma en una poderosa herramienta ideológica y propagandística que sirve a los intereses aristocráticos. El honor homérico se basa en la reivindicación de un status que había que fijar y/o definir en la memoria de los hombres a través de la tradición oral, de la épica y del culto a los antepasados. Los poemas pasan a ser, así, el medio idóneo para propagar la ideología de dominio de la elite: así fue en la edad heroica, y así debía ser ahora (Rowlands 1980, 25; Morris, 1986a, 125; Sherratt 1990, 815).

Para la aristocracia, la necesidad de justificarse a sí misma se da en momentos y en condiciones sociales y políticas muy concretas: cuando sus bases de autoridad se debilitan y se hace necesario proyectar su imagen. Estas circunstancias se dan precisamente en las fases más creativas de la épica heroica: el período de las Tumbas de Pozo de Micenas (siglos XVI-XV a.C.) y tras el colapso de los palacios micénicos (siglos XII-VIII), cuando la proyección del pasado sirve para legitimar el presente. No es casual que la época menos creativa de la épica heroica sea la de los siglos XIV-XIII, que corresponde al apogeo de Micenas, cuando la función de la épica como mecanismo de propaganda y de autodefinición se hace innecesaria (Sherratt 1990, 818-819).

Pero los ideales aristocráticos también se reflejan en otros ámbitos de la poesía heroica. Así, según Homero y Hesíodo, la fuente real del poder de la aristocracia arcaica reside en la agricultura, una agricultura idealizada, individualista y autárquica (Hesíodo, *Los trabajos y los días*, 380), que debe complementarse con la ganadería y la piratería. Ulises y su padre Laertes aran sus propios campos, trabajan en sus granjas y pastorean su ganado con ayuda de una multitud de siervos y esclavos (*Od.* XVIII. 366-375; XXIX. 204-212). Y es la producción de excedente y el botín de guerra lo que permite mantener y reforzar un entramado de clientes y vasallos dependientes mediante alianzas establecidas a través del intercambio de regalos. Pues el poder y el prestigio del *basileus* dependen sobre todo de su generosidad, es decir, de su capacidad para distribuir regalos y dádivas entre los suyos (Mele 1979, 15; Cartledge 1983, 3; Jones 1999, 11).

Reciprocidad e intercambio

Finley fue el primero en llamar la atención sobre las posibilidades que ofrecía la Antropología social para estudiar la sociedad homérica. Basándose en los postulados de Mauss sobre el intercambio de dones, Finley afirmó que ningún poeta pudo haber inventado o descrito con tal exactitud la institución del intercambio de regalos, que sólo la Antropología moderna ha logrado identificar en otras regiones del mundo (Finley 1967, 56). Posteriormente, también Coldstream y Morris han aplicado los modelos de Mauss, Polanyi y Sahlins al estudio de la reciprocidad y del intercambio en la Edad Oscura y en la épica homérica, con interesantes resultados (Coldstream 1983; Morris 1986a, 105-119; 1986b). Frente a las tesis de Snodgrass, según las cuales los poemas homéricos constituyen un relato artificial y anacrónico que no encaja con ninguna sociedad conocida (Snodgrass 1974), Rowlands y Goody han demostrado que el intercambio recíproco que describe Homero es característico de muchas sociedades arcaicas de la Europa prehistórica (Goody 1976, 71-72,93-94; Rowlands 1980, 23-28).

El intercambio de regalos aparece en Homero como una fórmula para acceder al rango y establecer relaciones personales y alianzas entre casas aristocráticas –los oikoi–, cuyo éxito depende de la capacidad de sus líderes de acumular, gastar, distribuir y movilizar riqueza. Y esa riqueza se consigue a través de la tierra, del ganado, de las razzias y de la guerra. El intercambio de dones permite, por consiguiente, establecer sistemas de dependencia y alianzas sociales a través de la hospitalidad, como en el caso de Telémaco buscando noticias de su padre Ulises en la corte de Menelao (Od. IV. 590– 605), y es una forma de evitar conflictos entre príncipes, como en la historia de Agamenón ofreciendo regalos a Aquiles, o de acceder a títulos y derechos (II. IX. 121-156) (Finley 1967, 73-76; Rowlands 1980, 26-27; Jones 1999, 10). En un célebre pasaje, Ulises explica a su padre Laertes las reglas que deben presidir el intercambio de dones, de las que dependen el prestigio y autoridad de su casa (Od. XXIV, 274-285).

A través de un entramado de prestaciones, deberes y obligaciones que integran este sistema de alianzas, la aristocracia logra situarse en posiciones de privilegio y poder respecto a otros grupos. Porque las relaciones de dominio dependen directamente de la manipulación que se haga de la

circulación de símbolos y bienes de prestigio. Mediante los regalos recíprocos, el líder logra imponer su identidad, e identidad es sinónimo de honor, reconocimiento y estimación exterior (Beidelman 1989, 230-237). Toda la épica homérica es una lucha continua por conseguir este reconocimiento. A Ulises nadie le reconoce, porque es un extranjero, por lo que carece de honor e identidad. Agamenón es proclamado líder de la asamblea de guerreros porque posee los mejores y el mayor número de seguidores o clientes, por lo que sólo él puede juzgar y dar honores, aunque el más valiente sea Aquiles (II. II. 277, 380). Aquiles amenaza constantemente el poder de Agamenón, pero la *Ilíada* concluye con un Agamenón todavía más fuerte y con más seguidores gracias a su mayor capacidad para conceder regalos y prestaciones.

En el primer cuarto del siglo VII a.C., todavía interviene el intercambio de dones, como queda reflejado en las obras de Hesíodo (*Los trabajos y los días*, 349-360; *Teogonía* 93, 103). Pero se trata de un sistema en regresión, cuando el *oikos* se debilita y se produce la desintegración del sistema clientelar aristocrático, basado en la autarquía de la producción agrícola y en la guerra. Es la desintegración del sistema lo que denuncia precisamente Hesíodo, una crisis anunciada por la implantación del intercambio comercial y el declive del intercambio recíproco de dones (Mele 1979, 12–13,48; Jones 1999, 14-16).

Que las circunstancias han cambiado lo demuestra un célebre episodio de la *Odisea*, en el que Ulises es acogido por Alcinoo, rey de los feacios (*Od.* VIII. 159-164). En la corte de los feacios, Euríalo se burla de Ulises acusándole de deshonestidad, puesto que en sus viajes ya no busca aventura, prestigio y gloria, sino simplemente ganancias, como un vulgar comerciante. Lo cual supone una ofensa y la negación de los valores e ideales aristocráticos. Y es en este contexto que entran en escena los fenicios.

3. EL COMERCIO FENICIO EN HOMERO

Comercio aristocrático vs. comercio profesional

Si algo ofende a la ética homérica es el comercio que busca provecho y ganancias a expensas de otros por medio de la manipulación y el regateo. Es evidente que en Homero y en Hesíodo está mal vista la práctica del comercio como profesión que busca el beneficio, porque contradice el modelo autárquico de la aristocracia y porque es incompatible con el concepto griego de aristocracia (Finley 1967, 77-78; Cartledge 1983, 3, 9). Como señala Rowlands (1980, 28), la antipatía de los griegos hacia los fenicios, es decir, hacia el comercio profesional, obedece sobre todo a su aversión hacia un tipo de comercio que amenaza las bases del control aristocrático sobre la producción local de excedente destinado al intercambio y mina el sistema de alianzas políticas basado en las relaciones de hospitalidad y de intercambio dentro de un sistema cerrado y autosuficiente.

La aristocracia homérica no tomó parte directa en el comercio y transporte de bienes, sino que encargó esta actividad a sectores inferiores o desplazados de la sociedad. Sin embargo, el aprovisionamiento de mercancías estaba en general en manos de no-griegos, en particular los fenicios, gentes que traficaban con esclavos, metales, joyas y telas (Finley, 1967, 80; Mele 1979, 9, 15; Cartledge 1983, 4). El que sus incentivos fueran las ganancias no importaba demasiado al mundo homérico, puesto que al fin y al cabo eran extranjeros, aunque eso sí, «taimados y rapaces» (*Od.* XV. 415-419). Donde mejor se aprecia la opinión que le merece a Homero el comerciante profesional, no siempre bien recibido ni libre de sospecha, es en las palabras del joven aristócrata de Feacia, Euríalo, quien, dirigiéndose a Ulises, profiere lo que para la audiencia de Homero es un verdadero insulto, es decir, que más que un señor parece un vulgar comerciante (*Od.* 159-164):

No parece, extranjero, que seas un varón ilustrado en los juegos que suelen tenerse entre hombres; te creo uno de esos, más bien, que en las naves de múltiples remos con frecuencia nos llegan al frente de gentes que buscan la ganancia en el mar, bien atento a la carga y los fletes y al goloso provecho: en verdad nada tienes de atleta.

El comercio aristocrático estaba condicionado por el ciclo agrícola y se entendía como un mero anexo de la agricultura, puesto que se reducía solamente a los 50 días posteriores al solsticio de verano, según prescribe Hesíodo (*Trabajos* 663-676). Así, el período asignado a la navegación comercial se reducía a la época sin actividad agrícola. Se trata de un comercio que se practica como alternativa a la piratería y se dirige sobre todo a la obtención de esclavos y metales (*Od.* 111.73; IX. 253). Se ha comparado con el comercio euboico, mezcla de piratería y tráfico de esclavos, que constituye una actividad todavía honorable para Tucídides (VI 4-5) (Mele 1979, 43, 62; Monti 1999, 120). En este contexto se inscriben las palabras de Ulises en el momento de llegar a Itaca, presentándose como un pirata cretense que relata con orgullo y todo lujo de detalles una de sus correrías (*Od.* XIV. 244-272).

La aparición del comercio profesional y especializado en el Egeo –el comercio *emporíe*–, descrito por primera vez por Homero y denunciado por Hesíodo, repugna al aristócrata homérico porque atenta contra el intercambio personal e individualizado de la elite, que considera mucho más noble intercambiar voluntariamente recursos a través de regalos en el marco de la hospitalidad entre *oikoi* u obtenerlos por la fuerza a través del botín y el saqueo de ciudades. El comercio profesional es un sistema extraño y ajeno al mundo griego, y directamente relacionado con los fenicios, y la épica heroica parece considerarlo como uno de los desencadenantes de la crisis política de la aristocracia, al amenazar el ideal de economía autárquica (cf. Mele 1979, 93-97; Cartledge 1983, 9-11; Beidelman 1989, 231). De ahí la imagen negativa de los fenicios en Homero.

Hesíodo y Homero condenan y menosprecian el comercio *emporíe*, en el que los fenicios aparecen como el «otro», lo opuesto al ideal griego, y es en oposición al «otro» como uno se descubre, se reafirma y se hace. Los fenicios representaban lo que los griegos más temían en su nuevo orden social, y sus prejuicios contra lo oriental, sinónimo de lujo y exotismo, traducen en realidad una nostalgia del pasado y una forma de reivindicar los valores e ideales griegos tradicionales, justo en el momento de la formación del estado arcaico (Hartog 1988; Winter 1995, 263-264).

El comercio fenicio en el Egeo

Nadie duda de que la presencia de los fenicios en Homero es una de las creaciones más tardías de la épica heroica. En primer lugar, porque el vocablo «fenicio» se documenta por primera vez en la *llíada*, y en segundo lugar porque alude a un comercio que es característico y exclusivo de la edad del Hierro.

Desde la década de 1950 se asume que la figura de los fenicios resulta incómoda y anacrónica y que no encaja del todo en el mundo de Homero. En la *Ilíada*, sobre todo, los fenicios parecen estar fuera de lugar. No obstante, parecen encajar relativamente bien en el siglo VIII, es decir, en la época de Homero, cuando inician su expansión comercial al Mediterráneo y establecen las primeras relaciones comerciales con el mundo griego. Los fenicios aparecen preferentemente en la *Odisea*, el poema más tardío, y en los pasajes más recientes de la *Ilíada*, lo que demuestra que se trata de figuras propias de la época en que los poemas se pusieron por escrito (Muhly 1970, 19-21). Pero sorprende

el gran desconocimiento que muestran los poemas sobre los fenicios, de los que se dice mucho menos de lo que podría decirse (cf.Winter 1995, 262). Lo cual no es de extrañar si se tiene en cuenta que Homero ignora todo lo que ocurre fuera de Grecia.

En los poemas, los fenicios aparecen frecuentando Egipto, Libia, Creta, Lemnos y la misteriosa isla de Syrie, es decir, una ruta marítima que, según los últimos hallazgos arqueológicos en Chipre, Lefkandi y Creta (Kommos), parece más acorde con un horizonte pre-colonial de los siglos XI-X a.C., como acertadamente ha apuntado Sherratt (1990, 819), que con el siglo VIII.

Se les describe indistintamente como fenicios o sidonios, términos que parecen utilizarse como sinónimos, quizá evocando el Bronce final, cuando Sidón tuvo bastante más relevancia que otras ciudades fenicias. No obstante, no están claras las razones del uso de «sidonio» como sinónimo de fenicio. En opinión de algunos autores, el término «sidonio» designaría a los fenicios en general tras la crisis del 1200, ya que, según la leyenda, Sidón había reconstruido Tiro en esa época y porque en el siglo VIII los reyes de Tiro se denominaban «reyes de Tiro y de Sidón» (Muhly 1970, 27,49). Pero ahora sabemos que en los siglos XI-X a.C. Sidón apenas lleva la iniciativa en el comercio de ultramar, por lo que no debería descartarse la posibilidad de que los fenicios de Homero reflejen un contexto del Bronce final. Es cierto que no se conoce el origen del término «fenicio», pero el mundo griego del Bronce final conoció perfectamente el litoral fenicio, a juzgar por la gran cantidad de importaciones micénicas que han aparecido en Sidón, Sarepta, Beirut y Tiro.

Entre la *Ilíada* y la *Odisea* se aprecian importantes diferencias en el tratamiento dado a los fenicios. Así, en la *Iliada*, aparecen mencionados como expertos artesanos que trabajan el metal y los textiles (Wathelet 1983, 238-39; Winter 1995, 247-48). En el canto VI de la *Ilíada*, Hécuba, a sugerencia de Héctor, acude a su aposento donde se guardaban los mantos bordados por mujeres sidonias para ofrecer el más rico de ellos a la diosa Athenea, telas que el propio Paris-Alejandro había traído de Sidón cuando atravesó el ancho mar en el mismo viaje en que raptó a Helena (*II.* VI. 288-294). Dichas telas estaban depositadas en la cámara del tesoro del palacio de Príamo, por lo que se consideran productos preciosos y muy valiosos. La referencia a la reina Hécuba de Troya sugiere además la adquisición de productos de lujo por parte de las mujeres de la aristocracia a través de expediciones por mar a puertos extranjeros.

Igualmente famosa es la historia de la crátera fenicia de plata ofrecida como premio por Aquiles en los juegos funerarios en honor de Patroclo. Se trata de una «crátera labrada que tenía seis medidas de capacidad y superaba en belleza a todas las de la tierra. Había sido elaborada por artífices sidonios y los fenicios la habían transportado por el brumoso mar –aquí los sidonios parecen distinguirse de los fenicios– y exhibido en los puertos y dado como regalo a Toas. En pago por el rescate de Licaón, hijo de Príamo, el nieto de Toas, Euneo, se la había entregado al héroe Patroclo» (II. XXIII. 740-749). Se trata, en consecuencia, de un don real descrito como una obra soberbia, expuesta en varios mercados y cuyo valor viene determinado no sólo por su valor intrínseco, sino por la larga historia de propietarios ilustres que la habían poseído (cf. Mele 1979, 66, 87; Winter 1995, 248). En este episodio Homero describe con todo detalle las relaciones de amistad que se establecen en el marco de un circuito de intercambio de regalos entre casas reales, característico del Bronce final.

En la *Odisea*, los fenicios aparecen con más frecuencia y ya no son descritos exclusivamente como expertos artesanos y orfebres, sino y sobre todo por sus rasgos negativos, es decir, como mercaderes poco fiables, que practican un comercio regular y pasan largas temporadas en puertos extranjeros (*Od.* XV. 455). En este sentido, la *Odisea* supone un cambio de tono, y las numerosas referencias que contiene permiten adivinar sus prácticas navales y sus productos.

En el canto IV de la *Odisea* aparece de nuevo una referencia al intercambio de regalos entre casas reales a propósito de una costosa crátera trabajada en metal precioso (el episodio se repite en *Od.* XV.113-119), Menelao la entrega a Telémaco, de visita a Esparta en busca de noticias de su padre Ulises, como regalo de hospitalidad, al igual que el rey de Esparta la había recibido con anterioridad en Sidón. Se trata, así, de un regalo o *keimelion* que tiene su propia genealogía, es decir, que posee status especial. Y responde a un intercambio en virtud del cual Menelao y el rey de Sidón –y ahora Telémaco– son equiparados como iguales según el ideal homérico de reciprocidad (cf. Finley 1967, 70, 140; Whatelet 1983, 240; Winter 1995, 248):

Te daré la más bella y más rica de todas las joyas que guardadas conservo en mi casa. Será una crátera de esmerada labor: tiene el cuerpo forjado de plata todo él y un remate de bordes de oro. Trabajo es del ínclito Hefesto; me la entregó Fédimo, el prócer, aquel rey de Sidón que me tuvo albergado en su casa cuando vine de regreso a Esparta (Od. IV. 613-619).

Y sabemos por dónde pasó Menelao a su regreso de Troya: por este orden, Chipre, Fenicia, Egipto, la tierra de los etíopes, la de los sidonios y Libia (*Od.* IV. 83-84). De nuevo aquí Fenicia y Sidón aparecen como entidades diferenciadas.

En cuanto a la presencia de fenicios en el Egeo, varios episodios contienen referencias claras a la actividad de sus mercaderes operando regularmente en las costas de Creta. La referencia más significativa es un relato del mismo Ulises quien, haciéndose pasar por cretense a su regreso a Itaca, responde a las preguntas de Athenea inventándose una historia salvaje (*Od.* XIII. 256-286): en Creta habría dado muerte con su lanza de bronce a Orsíloco, hijo del héroe Idomeneo, por lo que tuvo que refugiarse en una nave fenicia, suplicando a sus ocupantes que le Ilevaran a bordo y comprando su pasaje con una parte del botín capturado en Troya. Una vez desembarcados de noche en el puerto de Itaca, los fenicios habrían partido hacia Sidón.

Otra historia inventada similar a la anterior la relata Ulises al porquero Eumeo, cuando se presenta a éste en Itaca haciéndose pasar por un noble cretense (*Od.* XIV. 285-298). En este caso, la referencia a los fenicios es claramente negativa: a su regreso de Troya habría pasado siete años en Egipto acumulando riquezas, al final de los cuales había llegado un barco fenicio con un capitán sin escrúpulos, que Homero describe detalladamente (XIV. 288-320) como: «un fenicio falaz e intrigante, un taimado que ya había traído la desgracia sin cuento a otros hombres». Con maña, el fenicio había engañado a Ulises y logrado que fuera con él a Fenicia, donde tenía casa y posesiones. Le hospedó durante largos meses en su casa y al cabo de un año lo embarcó con él y, «añadiendo más mentiras», lo llevó rumbo a Libia, donde había decidido venderlo como esclavo y obtener un buen precio por él. Al pasar cerca de las costas de Creta, Ulises aprovechó una tempestad en el mar para huir del barco.

La imagen del fenicio mentiroso y tramposo se repetirá en otros pasajes de la *Odisea*. El interés de este relato, sin embargo, estriba en los importantes datos que ofrece sobre el comerciante fenicio en general: posee casa y bienes en su país, viaja regularmente a Creta, retorna a Fenicia donde recala mucho tiempo entre viaje y viaje, y hace expediciones a Egipto, país que aparece descrito como un gran mercado de esclavos. Y cómo no, detrás de todo ello, una moraleja: los fenicios son corruptos y, con sus ansias de beneficios, rompen el código del honor. El mercader –el «otro»– es la antítesis del guerrero y héroe griego (Ulises), que sí practica las leyes de la hospitalidad y de la amistad. Al final,

el mercader sufrirá el castigo de los dioses con una tormenta que destruirá su nave (cf. Winter 1995, 249, 261).

Muchos de estos elementos reaparecen en la historia que Eumeo relata al propio Ulises (Od. XV. 403-484): Eumeo habría nacido en la isla de Syrie (acaso Syros o Delos), donde gobernaba su padre el rey Tesio. Un día llegaron «unos fenicios rapaces, famosos marinos con su negro bajel, portadores de mil baratijas». En el palacio de Eumeo había una esclava fenicia «experta en preciosas labores» que se dejó seducir por uno de aquellos «taimados fenicios», a quien le había explicado su historia (XV. 425-429):

«Me ufano de ser de Sidón, rica en bronce; soy hija de Aribante, un varón de cuantiosa fortuna, pero un día, volviendo del campo, unos piratas tafios me raptaron, trayéndome aquí por el mar, me vendieron al señor de la casa que ahí ves por un altísimo precio».

Los fenicios prometen devolverla sana y salva a su casa, a cambio de lo cual la esclava se compromete a raptar al niño Eumeo y llevarlo al barco fenicio una vez se haya embarcado toda su carga. Para ello los fenicios necesitan un año entero, vendiendo y exhibiendo mercancías por toda la isla y añadiendo gran cantidad de bienes al navío, al final de lo cual Eumeo es embarcado en «la nave fenicia veloz en las aguas». Antes de escapar de la isla, los fenicios visitan el palacio real para ofrecer los últimos objetos de valor –un collar de oro con cuentas de ámbar (XV. 460). Posteriormente, el viento llevará el navío a ltaca, donde Laertes habría pagado el precio del rescate de Eumeo.

Sin duda constituye el episodio que aporta más información sobre el comercio fenicio. Así, los fenicios frecuentan la isla de Syrie o Siría, en cuyo puerto embarcan y desembarcan mercancías. Todo ello acompañado de un comercio de esclavos en toda regla y, sobre todo, de un provechoso comercio de trueque, en el marco de un circuito comercial que les ocupa todo un año. Durante ese tiempo, los fenicios compran para vender, por lo que cabría hablar del establecimiento de alguna forma de capitalismo mercantil.

De particular interés son las repetidas alusiones a la rica ciudad de Sidón, que aparece descrita como una próspera ciudad portuaria célebre por su industria del bronce, donde habitan personajes dueños de grandes fortunas y poderosos propietarios de barcos. En el palacio real de Sidón, Menelao habría recibido hospitalidad a su regreso de Troya por parte de un monarca que figura integrado en los grandes circuitos de intercambio de dones de elite. Una imagen que contrasta, por cierto, con la de los toscos marinos que raptan a Eumeo, los cuales parecen operar independientemente y fuera de todo control político.

Pero no conviene mitificar demasiado a Homero como fuente de información. Parece evidente que Homero sólo oyó hablar de Sidón y, en cualquier caso, el comercio fenicio sólo le sirve para singularizar lo extranjero, es decir, todo aquello que se opone a la tradición heroica griega. Homero primero, y más tarde Hesíodo, se limitan a denunciar la situación creada por la llegada al Egeo de este nuevo tipo de comercio. Desde la perspectiva homérica, se trata sin duda de una auténtica revolución social, puesto que la llegada del comercio profesional viene acompañada de la irrupción de una nueva clase mercantil, una especie de «burguesía» especializada, cuya actividad será un nuevo factor de desestabilización para el viejo orden social aristocrático.

Esa aversión hacia el comercio profesional no aristocrático, personificado por los fenicios, ha quedado profundamente arraigada en el pensamiento clásico hasta nuestros días. Sorprende, pues, la vigencia de estos prejuicios, que se defienden a veces desde posturas pretendidamente progresistas.

BIBLIOGRAFÍA

BEIDELMAN, T.O. (1989): «Agonistic Exchange: Homeric Reciprocity and the Heritage of Simmel and Mauss», *Cultural Anthropology* 4: 227-259.

BLEGEN, C. W. (1963): Troy and the Trojans, Thames & Hudson, London.

BLEGEN, C. W. (1973): «Troy VI», The Cambridge Ancient History II.1: 683-685.

BLEGEN, C. W. (1975): «Troy VII», The Cambridge Ancient History II.2: 161-164.

BLOEDOW, E.F. (1988): «The Trojan War and Late Helladic III C», Prähistorische Zeitschrift 63: 23-52.

BRYCE, T. (1998): The Kingdom of the Hittites, Clarendon Press, Oxford.

BURKERT, W. (1995): «Lydia between East and West or how to date the Trojan War: A study in Herodotus», en J.B.Carter & S.P.Morris (eds.), *The Ages of Homer*, University of Texas Press, Austin: 139-148.

CARTLEDGE, P. (1983): «'Trade and Politics' revisited: Archaic Greece», en P.Garnsey, K.Hopkins & C.A. Whittaker (eds.), *Trade in Ancient Economy*, Hogarth Press, London: 1-15.

COLDSTREAM, J.N. (1977): Geometric Greece, Methuen, London.

COLDSTREAM, J.N. (1983): Gift exchange in the eight century B.C., en R. Hägg (ed.), *The Greek Renaissance of the Eight Century B.C.*, Proceedings of the Second International Symposium Swedish Institute of Athens (1981), Stockholm: 201-206.

FINLEY, M.I. (1967): The World of Odysseus, Harmondsworth.

FINLEY, M.I. (1968): Lost: the Trojan War, en Id., Aspects of Antiquity, London: 31-42.

GOODY, J. (1976): Production and Reproduction: a comparative study of the domestic domain, Cambridge.

GURNEY, O.R. (1990): The Hittites, Harmondsworth.

GÜTERBOCK, H.G. (1983): «The Hittites and the Aegean World: 1. The Ahhiyawa Problem Reconsidered», *American Journal of Archaeology* 87: 133-138.

GÜTERBOCK, H.G. (1986): «Troy in Hittite Texts? Wilusa, Ahhiyawa and Hittite History», en M.J.Mellink (ed.), *Troy and the Trojan War*, Bryn Mawr: 33-44.

HARTOG, F. (1988): The Mirror of Herodotus, University of California Press, Berkeley-London.

HOOD, S. (1995): «The Bronze Age Context of Homer», en J.B.Carter & S.P.Morris (eds.), *The Ages of Homer*, University of Texas Press, Austin: 25-32.

JONES, D.W. (1999): «The Archaeology and Economy of Homeric Gift Exchange», *Opuscula Atheniensia* 24: 9-24.

KORFMANN, M. (1986a): «Troy: Topography and Navigation», en M.J.Mellink (ed.), *Troy and the Trojan War*, Bryn Mawr: 1-16.

KORFMANN, M. (1986b): «Besik Tepe: New Evidence for the Period of the Trojan Sixth and Seventh Settlements», en M.J.Mellink (ed.), *Troy and the Trojan War:* 17-28.

KORFMANN, M. (2001): Troia. Traum und Wirklichkeit, Theiss Verlag, Stuttgart.

MELE, A. (1979): Il commercio greco arcaico. Prexis ed emporie, Cahiers du Centre Jean Bérard IV, Napoli.

MONTI, P. (1999): «Homeric tradition in the Mediterranean navigation of the Pithekoussans», *Talanta* 30-31, Amsterdam: 115-132.

MORRIS, I. (1986a): «The Use and Abuse of Homer», Classical Antiquity 5: 81-138.

MORRIS, I. (1986b): «Gift and commodity in Archaic Greece», Man 21: 1-17.

MUHLY, J.D. (1970): «Homer and the Phoenicians», Berytus XIX: 19-64.

NIEMEIER, W.D. (1998): «The Mycenaeans in Western Anatolia and the problem of the origins of the Sea Peoples», en S.Gitin, A.Mazar & E.Stem (eds.), *Mediterranean Peoples in Transition*, Israel Exploration Society, Jerusalem: 17-65.

RIDGWAY, D. (1997): El alba de la Magna Grecia, Crítica, Barcelona.

ROWLANDS, M.J. (1980): «Kinship, alliance and exchange in the European Bronze Age», en J.Barret & R.Bradley (eds.). *Settlement and Society in the British Later Bronze Age*, B.A.R. 83, Oxford: 15–55.

SHERRATT, E.S. (1990): 'Reading the texts': Archaeology and the Homeric question, Antiquity 64: 807-824.

SNODGRASS, A. (1974): «An historical Homeric Society?», Journal of Hellenic Studies 94: 114-125.

VERMEULE, E. (1960): «The Mycenaeans in Achaia», American Journal of Archaeology 64: 1-21.

VERMEULE, E. (1986): «Priam's Castle Blazing», en M.J.Mellink (ed.), *Troy and the Trojan War*, Bryn Mawr: 77–92.

VERMEULE, E. (1987): «Baby Aigisthos and the Bronze Age», *Proceedings of the Cambridge Philological Society:* 122-152.

VIDAL-NAQUET, P. 2000 Le monde d'Homere, Perrin, Paris.

WATHELET, P. (1983): «Les phéniciens et la tradition homérique», Studia Phoenicia I-II, Leuven: 235-243.

WINTER, I.J. (1995): «Homer's Phoenicians: History, Ethnography or Literary Tope?», en J.B.Carter & S.P.Morris (eds.), *The Ages of Homer*, Univ. of Texas Press, Austin: 247-271.



